

Introducción

Sebastián Quiroga Cubides

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

QUIROGA CUBIDES, S. Introducción. In: *Reinventar un héroe*. Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de ciencias humanas, 2015. Opera prima collection, pp. 11-42. ISBN 978-958-738-593-9. Available from: doi: [10.7476/9789587385939](https://doi.org/10.7476/9789587385939). Also available in ePUB from: <http://books.scielo.org/id/s2rwx/epub/quiroga-9789587385939.epub>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Introducción

12 de mayo de 1951, En la Plaza de Bolívar, en pleno centro de Bogotá, desfilaron más de un millar de soldados, prestos para ir por primera vez a representar a Colombia en un conflicto de escala mundial. Admirados por unos, cuestionados por otros, partieron hacia la península de Corea, donde se libraba una guerra intestina que involucraba los intereses de las grandes potencias mundiales. Tres años y cientos de muertos después, regresaron al país, unos buscando continuar su carrera militar de oficiales, otros mirando qué hacer una vez finalizada la vida de soldado raso, que terminaba con el fin la guerra.¹ Explorando las diferentes narraciones sobre la guerra, comienza a ser evidente una asimetría sobre los protagonistas de los hechos: las voces de los oficiales

¹ La participación de Colombia en la guerra de Corea comenzó a finales de 1950 y finalizó en 1954. Las únicas guerras internacionales de importancia para Colombia habían sido las dos guerras contra Perú (1828-1829 y 1932-1933), que fueron conflictos fronterizos. Después de Corea, Colombia participó en la crisis del Canal de Suez entre Egipto e Israel (1956-1958), enviando algunas tropas a formar parte de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (Batallón Colombia N° 2). En 1982, el presidente Turbay decretó el envío de tropas a la región del Sinaí para hacer parte de la Fuerza Multinacional de Observación; a la fecha, aún opera (Batallón Colombia N° 3). Desde 2009, el ejército entró como parte del contingente español que se encuentra en Afganistán en la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad de Afganistán (ISAF, en inglés), aportando un pequeño contingente de soldados élite.

veteranos de la guerra y la institución castrense dominaban sobre los relatos de los soldados rasos, quienes conformaron la mayoría del cuerpo militar que participó en la guerra. Este fue el punto de partida de la investigación: preguntarse sobre cuál fue la experiencia de estos soldados durante la guerra de Corea.

¿Quién es el *soldado raso*? Es aquel que ingresa a las Fuerzas Armadas, ya sea por reclutamiento, o bien porque se presenta como voluntario. Dentro del esquema militar, tiene el rango más bajo. Sin embargo, pese a constituir la mayoría de los efectivos que conforman un contingente militar, la historiografía no suele mencionarlos: son muy pocos los ejemplos de soldados rasos que aparecen en las obras de historia. Los modelos clásicos de historia hasta el siglo XIX privilegiaron una narración de los acontecimientos bélicos anteponiendo a los grandes personajes como los actores principales.² Fue

² Por ejemplo, José Manuel Restrepo los menciona brevemente en *Historia de la Revolución de la República de Colombia* como actores ocasionales, donde se conoce su sueldo o como tropo — metonimia —, como sinónimo de humildad o el estrato social más bajo: “comiendo carne sin sal desde el jefe supremo hasta el *último soldado*” (tomo I, 159-160); “vosotros me habéis visto elevarme”, dice el general José Antonio Páez, “de la triste esfera de un soldado al eminente rango que ocupo” (tomo IV, 158). Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, en *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, muestran en estos términos al soldado. Uno de los pocos que salen referidos por su nombre es Juan Gordo, un soldado español que fue ejecutado por su general, Gonzalo Jiménez de Quesada (80), u otros con historias anecdóticas muy breves. El caso más notable es el soldado Pedro Martínez, que junto a otro apodado *Negro José*, capturó a José María Barreiro en la Batalla de Boyacá, y adquirieron cierto grado marginal de heroísmo. Este militar, en 1880, recibió una pensión de 25 pesos que solo pudo cobrar una vez (384). Esta narración es anecdótica en estos autores, puesto que aparece en un pie de página y no como parte de la narrativa principal. El 7 de agosto de 1999 se erigió un monumento en honor de ambos en el Puente de Boyacá.

ya en el siglo xx que los historiadores comenzaron a mostrar una mayor preocupación por los soldados y, en general, por los subalternos.

Al indagar sobre las vivencias de estos soldados rasos, se encontró que las experiencias se iban transformando y ajustando a una serie de intereses que dependían del lugar de producción del relato. Cada tipo de narrativa encerraba un cúmulo de significados y símbolos diferentes. El pasado se convirtió en un campo de batalla para reafirmar un papel en el espacio social. Por ello, esta investigación buscó responder a cómo en los últimos sesenta años las narrativas sobre la guerra de Corea han asignado un papel diferente al soldado raso y cuáles son las implicaciones de ello en la manera como entendemos dicha guerra. Es un análisis sobre la historicidad y la producción histórica, entendiendo que esta no se limita a la academia, sino que además es construida en los relatos de prensa, las memorias, la literatura, las obras de teatro, la música y, principalmente, por parte de los mismos protagonistas, desde la historia oral.

Este trabajo gira en torno a diversas discusiones historiográficas: primero, dentro de los estudios subalternos, que han buscado reivindicar la voz de los grupos sociales no reconocidos en los grandes relatos nacionales; segundo, la historia oral, ya que desde sus raíces ha buscado entender las dinámicas sociales de la forma en que los protagonistas reconstruyen su pasado; finalmente, el papel que tiene la estructura narrativa en la reconstrucción del pasado y cuál es el papel de la historia dentro de la sociedad. No obstante, el problema de fondo en el cual se ubica esta investigación es

sobre la memoria: ¿Por qué recordamos de forma diferente un hecho?, ¿qué papel tienen los soldados rasos, normalmente silenciados en las narrativas hegemónicas de la guerra, en la construcción del pasado?

El ascenso del subalterno

El interés por las experiencias de los subalternos puede rastrearse en diferentes plumas como Baudelaire, Michelet o Brecht. Este tipo de preocupaciones animaron a los investigadores a explorar nuevas fuentes. Un ejemplo claro en la historia militar es *Letters of Private Wheeler, 1809-1828*, editado por B. H. Liddell Hart (1951). Este texto es una recopilación de cartas que escribía a su esposa el soldado raso William Wheeler, del 51 Regimiento de la infantería británica.³ En la década de 1960, Edward Thomson introdujo formalmente el estudio de las clases populares en lo que denominó “historia desde abajo”.⁴ Este tipo de historia en principio se concentró en la clase obrera y pobre, y posteriormente en grupos considerados marginados, como las mujeres. Estas nuevas preocupaciones atrajeron el interés de los historiadores, quienes comenzaron a explorar nuevos temas, desde la historia de los movimientos estudiantiles hasta el papel de los soldados en la guerra. En palabras de Jim Sharpe, “mostrar que la batalla de Waterloo comprometió tanto al

³ Jim Sharpe. “Historia desde abajo”, en *Formas de hacer Historia* [Peter Burke, editor]. Madrid: Alianza Editorial, 1996, 39.

⁴ E. P. Thompson. “History From Below”. *The Times, Literary Supplement* (7 de abril de 1966): 279-280.

soldado Wheeler como al duque de Wellington”.⁵ Este tipo de preocupaciones también ha hecho que se exploren nuevos métodos de rastreo y búsqueda de información como los testimonios orales, aquellas voces que por lo general están ausentes en la mayoría de fuentes escritas.

La historia oral tuvo un papel muy importante en rescatar las memorias de soldados veteranos de diversas guerras. En 1948 Allan Nevins, historiador y periodista estadounidense, fundó un centro de recolección de testimonios orales en la Universidad de Columbia, Nueva York. Paralelamente, en Inglaterra los investigadores se preocuparon por buscar testimonios de los subalternos, con métodos muy relacionados con la “historia desde abajo” que allí se estaba desarrollando.⁶ Se puede decir que este ha sido el primer método historiográfico de Occidente, puesto que Heródoto y Tucídides basaban sus trabajos en la recopilación de testimonios.⁷ Sin embargo, la historiografía occidental, especialmente en el siglo XIX, le daría un mayor estatus al documento escrito,

⁵ Jim Sharpe. “Historia desde abajo”, 50.

⁶ Mauricio Archila. “Voces subalternas e historia oral”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. N.º. 32 (2005): 9-10; Robert Perk y Alistair Thomson. “Introduction”, en *The Oral History Reader*. Londres: Routledge, 2006, 2.

⁷ Tucídides, I 22, 2-3: “Consideré que no debía escribir los hechos sucedidos en la guerra tomando la información de cualquiera, ni tampoco según me parecía a mí, sino que he relatado los hechos en los que estuve presente y aquellos otros cuya información recibí de otras personas con mayor exactitud posible en cada caso”. Con manifestación menos crítica, el modelo de historia (ιστορίης, *historie*) de Heródoto recurrió a la indagación de testimonios orales, pero se basó principalmente en la observación personal (*autopsía*). Carlos Schrader. “Introducción”, *Historia Libros I-II*. Madrid: Editorial Gredos, 2000, IX-XLIX.

por sobre la fuente oral, en especial con el surgimiento de la disciplina histórica y el historicismo clásico. De este modo, la historiografía migró hacia el análisis documental como testimonio confiable del pasado. El carácter científico de la historia y el contexto social e intelectual del siglo XIX europeo (en Francia, Inglaterra y especialmente en Alemania) hizo que la profesionalización general de esta disciplina estuviera acompañada de su institucionalización, perpetuando estos cánones.⁸ No sería sino hasta mediados del siglo XX que iba a resurgir una preocupación por la recolección de testimonios orales, producto de la Segunda Guerra Mundial. Uno de esos casos es el estudio sobre el exterminio judío a mano de los nazis, como por ejemplo el trabajo del Instituto Yad Vashem y la recopilación monumental del Gran Archivo del Holocausto, que desde 1944 ha recogido más de 25 000 testimonios.⁹

En Estados Unidos, la historia oral se centró en el análisis de asuntos de élite, tanto políticos, como económicos y culturales. Por su parte, los investigadores europeos comenzaron a explorar la historia desde abajo, buscando dar voz a las narrativas excluidas.¹⁰ Autores como Ronald Blythe

⁸ Georg Iggers. *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales*. Barcelona: Idea Universitaria, 1998.

⁹ Paul Thomson. *The Voice of the Past*. Oxford: Oxford University Press, 2000, 154.

¹⁰ Alistair Thomson ofrece un panorama con los paradigmas epistemológicos más importantes que se desprendieron después de la Segunda Guerra Mundial, desde el trabajo de Nevins hasta la era digital (Alistair Thomson. "Four Paradigm Transformations in Oral History", *The Oral History Review*, Vol. 34, N°. 1 (Winter-Spring 2007): 49-70).

(*Akenfield*, 1969), Paul Thompson (*The Edwardians*, 1975; *The Voice of the Past*, 1978) y Ronald Fraser (*Blood of Spain: An Oral History of the Spanish Civil War*, 1979) irrumpieron con sus obras autoproclamadas de historia oral.¹¹

Pese a las críticas por su falta de rigor, la historia oral comenzó una lucha por abrirse campo dentro de la historiografía como una ciencia histórica independiente, y no solo como una metodología. Así, este campo de investigación fue explorado por otros autores abordando una nueva problemática: la memoria. Desde Oxford, el movimiento *History Workshop*, liderado por Raphael Samuel, también desarrolló interés por la historia desde abajo, la historia cotidiana y por las fuentes orales. En 1976, Samuel indagaba sobre la relación entre historia local e historia oral.¹² En 1979, Laura Passerini puso en relieve las discusiones por la validez de las fuentes orales (siempre cuestionadas por la “dudosa fiabilidad” e “imprecisión” de la memoria) y por el interés de ahondar en nuevas realidades, como la vida diaria y las experiencias personales. De esta manera, el historiador oral buscaba ir más allá de la simple reconstrucción del pasado,

¹¹ En *Akenfield* (Reino Unido: Penguin, 2005), Ronald Blythe describe la vida rural de Suffolk, en Inglaterra, con los sobrevivientes de la Gran Guerra. En *The Edwardians*, Thompson realiza un trabajo estructurado pionero sobre la historia oral. Basándose en cerca de quinientos testimonios analiza cómo fue el cambio social de una generación de comienzos del siglo xx. En *The Voice of the Past* pone sobre la mesa la discusión teórica sobre la “historia oral”. *Blood of Spain*, de Fraser, se basa en cerca de trescientos entrevistas grabadas entre 1973 y 1975 con sobrevivientes de la Guerra Civil española (1936-1939).

¹² Raphael Samuel. “Local History and Oral History”. *History Workshop*, Nº. 1 (Spring 1976): 191-208.

el “como sucedió”, y comenzar a analizar los significados que se le dan a ese pasado, en una yuxtaposición a las ideas clásicas del historicismo.¹³

En 1981 Alessandro Portelli defendió que la preocupación de la historia oral no era únicamente el hecho en sí, sino también los significados que se desprendían con sus posteriores interpretaciones: “La primera cosa que hace la historia oral diferente es que nos dice menos de los eventos que sobre sus significados. Esto no quiere decir que la historia oral no tenga intereses en los hechos. Las entrevistas revelan eventos y aspectos desconocidos de hechos conocidos, y también ellas pueden proyectar una nueva luz sobre las caras inexploradas de las clases no hegemónicas”.¹⁴ Esta afirmación es muy importante, puesto que es un elemento que subyace a esta investigación, como se mostrará más adelante.

En América Latina, y particularmente en Colombia, las fuentes orales se comenzaron a utilizar como complemento para las fuentes escritas, por lo que la historia oral no se constituyó de la manera como lo planteaba Portelli. Apareció como una “ciencia auxiliar” de una historia con tintes positivistas en búsqueda de una verdad objetiva.¹⁵ Los principales usos que se le dieron a este recurso fueron para la construc-

¹³ Laura Passerini. “Work Ideology and Consensus under Italian Fascism”. *History Workshop*, N° 8 (1979): 84-85.

¹⁴ Alessandro Portelli. “The Peculiarities of Oral History”. *History Workshop*, N° 12 (otoño 1981): 99; “What Makes Oral History Different”, en *The Oral History Reader* (Robert Perks y Alistair Thomson, editores). Londres: Routledge, 2006, 32-42.

¹⁵ Nathan Wachtel. “Memoria e historia”. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 35 (enero-diciembre, 1999): 72-74.

ción de una historia desde abajo influida por el pensamiento marxista, que buscaba romper con la tradicional historia elitista y mostrar las voces de las clases subalternas. Las críticas no se hicieron esperar, y al igual que en los otros lugares donde se usó este tipo de historia, se comenzó a cuestionar su dificultad para generar una comprensión del pasado.¹⁶

Otra visión de la historia oral y la memoria aquí propuesta se adscribe a la línea conocida como estudios culturales de la memoria, en los términos de Astrid Erll. Desde esta perspectiva, la memoria y la cultura se intersectan en dos niveles: individual y colectivo. El primero corresponde a la memoria biológico-individual, ligada a un contexto colectivo que la perfila. El segundo corresponde al orden simbólico, las instituciones, los medios y las prácticas en donde los grupos sociales construyen un pasado compartido. Estos dos niveles se pueden describir a nivel analítico, pero en térmi-

¹⁶ Mauricio Archila. “Voces subalternas e historia oral”, 14. Me desligo del pensamiento de Archila quien sostiene que la fuente oral es per se una reivindicación de las voces subalternas, como lo hacía en sus inicios Paul Thompson. Lo que busca mostrar esta investigación es que la historia oral, con sus propias metodologías y teorías, puede abordar las diferentes voces/memorias divergentes y hacerlas dialogar de una manera que permitan comprender cómo la historia es recreada e interiorizada, tal como lo señalan Passerini y Portelli. Estos autores son excluidos del balance de Archila. Los debates en Latinoamérica han girado en torno al papel del subalterno y si es posible rescatar su voz (cfr. Guillermo Bustos. “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley”. *Fronteras de la Historia* (ICAHN), N° 7 (2002): 229-250). Sobre la crítica en Colombia, ver por ejemplo: Charles Bergquist. “En defensa de la historia: una crítica disciplinaria de la *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 16-17 (1988-1989): 205-229.

nos prácticos se encuentran en continua interacción.¹⁷ Esta investigación usa la historia oral no solo como herramienta auxiliar, sino también como problema epistemológico dentro de la creación del conocimiento histórico, para comprender en una dimensión mayor los relatos que se produjeron sobre los cientos de soldados que desfilaron en la Plaza de Bolívar aquel 12 de mayo de 1951, y los otros miles que fueron a la guerra hasta 1954.

Los estudios militares en Colombia no han tenido en cuenta el papel de los soldados rasos dentro del Ejército, pese a ser la mayoría. En un balance sobre los principales estudios de este género, Medófilo Medina clasifica a todos los estudios sobre las Fuerzas Armadas en Colombia como “historia política”, porque priman las relaciones institucionales y de actores políticos en su narrativa. Inclusive, cuando menciona a quienes hablan desde adentro, se refiere únicamente a los oficiales.¹⁸ Son escasos los trabajos que hacen mención de los militares de más bajo rango. Saúl Rodríguez, por ejemplo, señala la inequidad del soldado raso frente a los demás miembros de mayor rango de las Fuerzas Armadas, las dificultades económicas que debe enfrentar y las consecuencias militares de su pobre formación como recluta.¹⁹ En

¹⁷ Astrid Erll. “Cultural Memory Studies: An Introduction”, en *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook* (Astrid Erll y Ansgar Nünning, editores). Berlín: Walter de Gruyter, 2008, 1-18.

¹⁸ Medófilo Medina. “Historiografía política del siglo xx en Colombia”, en *La historia al final del milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994, 450-454.

¹⁹ Saúl Rodríguez. “¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre la cons-

un epígrafe del texto, presenta una reflexión muy diciente sobre su papel dentro del Ejército:

Para un superior un subalterno no piensa, ni mira, ni escucha. Es un simple autómatas. Lo peor es que el valor o no de su inteligencia se le mide de acuerdo al grado que ostenta. Para ser más gráfico, mientras un general tiene 10 cm de inteligencia, un coronel tiene 8 cm, un capitán 5 cm, un sargento 3 cm, un cabo 1 cm y un soldado por naturaleza no es inteligente.²⁰

El soldado raso ha sido olvidado por las grandes narrativas bélicas, y esto ha hecho que se sepa poco sobre su participación como actor del conflicto. La historia que se ha contado sobre la guerra ha sido narrada en términos de los principales actores políticos y militares que participaron: los presidentes de turno y los generales que comandaban las tropas. Sin embargo, son escasas o prácticamente nulas las voces de los soldados, que representan dos terceras partes de la tropa.

cripción y democracia en la Colombia contemporánea”, en César Torres del Río y Saúl Rodríguez. *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*. Bogotá: Universidad Javeriana, 2008, 53-91. Además, ver el trabajo desde la sociología de Andrea Manrique Camacho para los militares contemporáneos. Adolfo Atehortúa. *Militares: otra visión, otros estudios*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2005.

²⁰ Jesús Salazar López. *Un paso al frente: análisis crítico encaminado a la búsqueda de una mayor proyección optimista de las fuerzas militares de Colombia*, s.p.i., 1993, 45. Citado en Saúl Rodríguez. “¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre la conscripción y democracia en la Colombia contemporánea”, 53.

En el transcurso de la investigación se hizo un descubrimiento interesante: las visiones que existen sobre el soldado raso varían de manera significativa según el narrador. Esto se logró gracias al uso de la historia oral como primer paso para abordar el problema.²¹ Los oficiales que participaron en la guerra tienen una percepción diferente del soldado de aquella que existe entre los soldados rasos sobre sí mismos. Explorando aún más allá, esta visión diverge de la que existe en la literatura o en la academia. ¿Qué lleva a que un sector represente al soldado de una manera diferente que otro? ¿Qué significados subyacen en las distintas formas en que ha sido reconstruida la imagen del soldado? Estas preguntas generaron un nuevo interés sobre la forma en que el subalterno es representado y las implicaciones que hay en ello, puesto que no basta con comprender quién es ese soldado, además hace falta entender el papel que le ha sido asignado la sociedad. El objetivo de esta investigación es analizar cómo han sido reconstruidos los soldados rasos que participaron en la guerra de Corea por la sociedad colombiana y por ellos mismos durante los últimos sesenta años. Esta reconstrucción está ligada a una historicidad que influye y determina estos múltiples relatos.

²¹ La primera etapa de esta investigación consistió en entrevistas sostenidas tanto con soldados rasos como con oficiales veteranos sobre la guerra en general. En vista de los hallazgos, se realizaron múltiples entrevistas con estos mismos personajes. El uso de la historia oral fue fundamental para incrementar el alcance de la investigación. Así, se pasó del análisis de estos testimonios a una búsqueda de mayor envergadura sobre la forma en que se ha construido la historia de estos soldados.

El pasado como una constante re-creación

La historia oral y la historia desde abajo ofrecen una clave de ingreso al problema. Sin embargo, al recopilar las narrativas alrededor de la guerra, desde las notas de prensa de la época hasta las memorias de los militares, pasando por los relatos orales y las obras literarias, el problema de las experiencias de los soldados rasos se hace más complejo. Cada tipo de narrativa encerraba un cúmulo de significados y símbolos diferentes. El pasado se convirtió en un campo de batalla para reafirmar un papel en el espacio social, especialmente en el momento de ubicar al soldado raso. El pasado y el presente aparecen como universos que se transformaban constantemente, sin ser nunca estáticos. Este problema ya había sido vislumbrado por una corriente académica que comenzó a cuestionar cómo se construye el pasado.

Desde las primeras décadas del siglo xx han sido cuestionadas las formas de hacer historia y el papel del historiador dentro de la sociedad. En un ensayo clásico de 1932, Carl Becker sostenía que la historia era una afirmación sobre el pasado, pero no necesariamente el hecho en sí. Por ello, denominaba a la historia como conocimiento del pasado desde el presente.²² Esto comenzaría a abrir una brecha respecto a las interpretaciones del historicismo clásico, que si bien se sustentaba en una teoría rigurosa de crítica de fuentes, tenía una visión de la narración histórica como un saber superior. Así, desde la erudición alemana, encabezada por Leopold

²² Carl Becker. "Everyman his own Historian". *The American Historical Review*, Vol. 37, N.º. 2 (enero 1932): 221-236.

von Ranke, se establece un método científico que apunta a la aceptación de un orden establecido,²³ que elevaría el estatus del discurso histórico a conocimiento científico, verdadero e incontrovertible. Si bien la distinción entre los hechos del pasado (*res gestae*) y la narración de estos (*historia rerum gestarum*) aparecía ya desde Hegel,²⁴ no sería sino hasta el siglo xx que comenzaría a producirse una crítica real a las formas en que el presente afecta la reconstrucción del pasado. “Toda historia, es historia contemporánea”, afirmaría Benedetto Croce. “La historia muerta revive y la historia pasada se reconstruye como presente, a medida que el desenvolvimiento de la vida lo requiere”.²⁵

Más allá de los debates historiográficos sobre métodos e interpretaciones del pasado, estas discusiones supusieron nuevos problemas sobre la forma en que la historia funciona dentro de la sociedad. Los efectos de la Segunda Guerra Mundial llevaron a que la memoria comenzara también a ser un tema de análisis histórico, como se mostró anteriormente. ¿Hay distinción entre historia y memoria?²⁶ ¿Cómo

²³ Josep Fontana. *La historia de los hombres*. Barcelona: Crítica, 2001, 165-179.

²⁴ G. W. Hegel. *Lecciones sobre filosofía de la historia universal: introducción general*. Valencia: Universitat de València, 1991, 137: “La palabra historia reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historia rerum gestarum* como las *res gestae*. Debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos históricos. Un íntimo fundamento común las hace brotar juntas”.

²⁵ Benedetto Croce. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires: Escuela, 1955, 21.

²⁶ La problematización de la memoria se remonta a varias décadas, espe-

afecta esta relación la forma en que se narra el pasado? Para autores como Gonzalo Sánchez sí existe una diferencia: la historia tiene una pretensión objetiva, distante del pasado que se diluye en las memorias particulares; la memoria resalta la pluralidad de los hechos, “inscribe, almacena u omite y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente”.²⁷ En este sentido, hay una dicotomía entre estos dos campos, donde uno está en constante reinención (la memoria-huella), mientras que el otro está fijo en el tiempo (historia-acontecimiento). Esta visión la comparten autores como Daniel Pécaut, quien cuestiona las posturas de ciertos sectores — que identifica como *Vulgata histórica* (periodistas, ensayistas y líderes de opinión)—, que destruyen la diferencia entre el relato de la memoria y el análisis histórico.²⁸

cialmente desde la academia francesa. En 1925, el sociólogo Maurice Halbwachs estudió la memoria a partir de sus problemáticas, su tipología y su relación con la Historia. Si bien en Francia los *Annales* no prestaron gran atención inicialmente a estas discusiones, sería Pierre Nora quien las introdujera en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales en los sesenta, cuestión que luego sería tratada por autores como Jacques Le Goff o Paul Ricoeur. Desde finales de los setenta, los historiadores comenzaron a distinguir entre “memoria” e “historia”. En el *Social Sciences Citation Index*, por ejemplo, el quinquenio entre 1986 y 1990 arroja 10 000 entradas con el descriptor *historia* y 3270 con el de *memoria* (cfr. Josefina Cuesta Bustillo. “Memoria e historia: un estado de la cuestión”. *Revista Ayer*, N° 32, Memoria e Historia (1988): 203-246).

²⁷ Gonzalo Sánchez. *Guerras, memorias e historia*. Medellín: La Carreta Editores, 2006, 22.

²⁸ Daniel Pécaut. “Memoria posible, historia posible, olvido imposible”, en *Violencia y política en Colombia*. Medellín: Nuevo Hombre/Universidad del Valle, 2003, 128.

Renán Silva adopta una postura crítica con respecto a Sánchez. Para él, la memoria puede ser materia de análisis histórico, pero en ningún momento se confunde con este. Critica las interpretaciones simplistas de “memoria colectiva” y cuestiona los planteamientos del “deber de la memoria” (en los que se inscribe un poco Sánchez), abogando por la diferencia entre sujeto analizado y analista.²⁹ La memoria no puede, de esta manera, ser ajena a la crítica histórica: se convierte en un objeto de estudio del conocimiento histórico.³⁰

La memoria y la historia se convierten en un elemento que tener en cuenta, puesto que la Guerra de Corea, al ser un acontecimiento reciente y de relevancia nacional, está inscrita no solo en quienes participaron, sino también en diferentes sectores de la sociedad. Los mismos monumentos que existen sobre la guerra tienen una connotación que atañe a la memoria. Esta investigación no busca resolver esta disputa entre memoria e historia, sino que se alimenta de este debate para generar una nueva interpretación del pasado.

La lingüística ha sido una de las disciplinas que han hecho una crítica más fuerte del discurso histórico tradicional. Uno de sus mayores exponentes, Roland Barthes, señaló como

²⁹ Renán Silva. “Guerras, memoria e historia”, en *A la sombra de Clío*. Medellín: La Carreta Editores, 2007, 259-314. La interpretación simplista se hace frente a muchos trabajos “best-sellers” que equiparan “memoria colectiva” con la memoria de toda la sociedad, y esto sucede debido al estilo de crónica que utilizan, muy diferente de lo que Silva considera que es un análisis histórico. El “deber de la memoria” es una visión que no toma una postura crítica con respecto a las diferentes memorias, especialmente cuando corresponde a sectores excluidos.

³⁰ Paul Ricoeur. *La historia, la memoria y el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003, 128.

una de las falencias de la interpretación histórica la distinción hegeliana entre *res gestae* e *historia rerum gestarum*. Para Barthes, el hecho de que el referente esté separado del discurso y se convierta en algo exterior al lenguaje es una suposición “retorcida” del discurso histórico. Así, se crea un “efecto realidad” de los hechos, donde hay una disociación o división entre lo que sucedió y la narración, como si pudieran ser dos realidades separables: “El hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística, y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que una copia pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la *realidad*”.³¹ Sin embargo, el estructuralismo rígido de la lingüística no permite ver cómo los procesos sociohistóricos intervienen en la producción de esos relatos.

Recogiendo la tradición lingüística, Hayden White llevó más allá los problemas de las estructuras del lenguaje y su relación con el discurso histórico. En su obra *Metahistoria* sostuvo que “aprehendemos el pasado y todo el espectáculo de la historia en general en términos de necesidades y aspiraciones sentidas que a fin de cuentas son personales, que están relacionadas con los modos como vemos nuestra posición en el establecimiento social presente, con nuestros

³¹ Roland Barthes. “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Paidós, 1994, 174. Barthes parte de la afirmación de Nietzsche de que “no hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho”. El hecho se convierte en hecho cuando es digno de ser recordado, diría Heródoto. Por ello, no es posible decir que una narración es producto de un contexto específico, de manera unidireccional y causal.

temores y esperanzas para el futuro y con la imagen del tipo de humanidad que nos gustaría creer que representamos”.³² La interpretación de White propone que las narrativas históricas se pueden reducir a figuras literarias inherentes al relato, como el modo de tramar (romántico, trágico, cómico o satírico), el modo de argumentación (formista, mecanicista, organicista y contextualista) y el modo de implicación ideológica (anarquista, radical, conservador y liberal), que seguían una estrategia prefigurativa mediante tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía).³³

Según White, el tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo en particular, que puede llegar a ser arquetípico. En el romance, el héroe logra su liberación final del mundo, en un triunfo del bien sobre el mal; los personajes alcanzan la redención. La sátira es lo opuesto en cuanto a redención: es un drama de desgarramiento, dominado por el temor de que finalmente el hombre sea el prisionero del mundo. La conciencia y la voluntad humanas son siempre inadecuadas para derrotar la muerte, como representación de las fuerzas oscuras que impiden la reconciliación de los personajes.³⁴

³² Hayden White. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005, 271.

³³ Hayden White. *Metahistoria*, 13-50.

³⁴ Hayden White. *Metahistoria*, 18-21. Los modos de tramar son tomados del análisis de Northrop Frye. *Anatomy of Criticism: Four Essays*. Princeton: Princeton University Press, 2000 (1957).

Esta aproximación permite comprender de manera más profunda la forma en que los relatos históricos se generan y son generados por narrativas específicas, que hacen parte del proceso sociohistórico de la producción del conocimiento. Sin embargo, la limitación de White radica en la reducción del relato a modos de tramar y figuras literarias inherentes a unos modos hegemónicos de la historiografía del siglo XIX, que no permiten mostrar la dimensión completa del pensamiento de los militares y otros narradores de la guerra de Corea. Estas limitaciones aparecen señaladas de forma indirecta por autores como Roger Chartier, quienes cuestionan el que la interpretación se reduzca a la textualidad, lo que deja por fuera problemas como las prácticas y apropiaciones de los textos, así como también los lugares de producción de las materialidades que los contienen.³⁵

En 1995, Michel-Rolph Trouillot publicó *Silencing the Past: Power and the Production of History*, una original obra donde cuestiona las formas de interpretación tradicionales sobre la historia de Haití, indagando acerca de la manera en que se produce y narra la historia y cómo el poder media esos procesos. Trouillot parte de la crítica del modelo que muestra a la memoria y a la historia como almacenamiento de experiencias, a nivel colectivo e individual, respectivamente. Sin embargo, este modelo asume que el conocimiento es una recolección, lo cual considera insuficiente: “Si los recuerdos, como historia individual, son construidos, aún en el sentido

³⁵ Roger Chartier. “El mundo como representación”, en *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 2005, 45-62.

más simple, ¿cómo puede ser fijo el pasado que ellos evocan?” [...] El pasado no existe independiente del presente. De hecho, el pasado es solo pasado porque existe un presente [como punto de referencia]”.³⁶ Esto plantea un problema sobre cómo la historia se construye a nivel colectivo, puesto que en ese proceso intervienen múltiples narradores.

El análisis de Trouillot propone la reflexión sobre uno de los eslabones más débiles de la academia occidental, su egocentrismo: “Esta variedad de narradores es uno de los muchos indicadores de que las teorías de la historia tienen una visión bastante limitada del campo de la producción histórica. Éstas desestiman gravemente el tamaño, la relevancia y la complejidad de los lugares superpuestos donde se produce la historia, notablemente fuera de la academia”.³⁷ Esto lo define conceptualmente como “historicidad en un solo sentido” (*one-sided historicity* y *single-sided historicity*). Por esto, el autor busca examinar cómo los diferentes relatos tienen su propia historicidad y responden a un contexto que los determina, mediados por unas relaciones de poder.

³⁶ Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press, 1995, 15.

³⁷ Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past*, 19. Raphael Samuel defendió, por esa misma época, un argumento similar. Desde su experiencia marxista y de figura importante del movimiento History Workshop, dijo que la historia dejó de ser una disciplina científica capaz de mostrar de manera exacta el pasado, y pasó a estar determinada por una serie de prácticas sociales e institucionales que se validan según el contexto de producción. También comparte la visión de que fuera de la academia se produce contenido de carácter histórico, que es más próximo al conocimiento popular, transmitido por la historia oral o por la tradición (Rafael Samuel. *Theatres of Memory. Volume 1. Past and Present in Contemporary Culture*. Nueva York: Verso, 1994).

A través de ejemplos como la Revolución de Haití, el caso del coronel Sans Souci y la conquista de América, Trouillot muestra cómo la producción de las diferentes narrativas afecta la misma comprensión del proceso sociocultural que denominamos historia.

La problemática central de esta obra gira en torno a que la *producción* de la historia es una categoría que no se suele analizar, por lo que se llega a asumir que no hay una separación entre la narrativa y el proceso social que genera la historia. El narrador se convierte en un actor del pasado y no puede desvincularse del relato. Cuando se habla de la guerra de Corea, los diferentes narradores reconstruyen su visión siguiendo intereses políticos, institucionales, sociales, culturales y personales. Por ello, para entender la manera como el soldado ha sido dibujado, es necesario analizar en detalle cómo se han construido las diferentes narrativas.

Preguntándose por la forma en que el silencio opera en la creación de las narrativas, Trouillot señala los cuatro instantes claves del proceso de producción histórico: el momento de la *creación del hecho* (la creación de las fuentes), el momento de la *construcción de los hechos* (la creación de los archivos), el momento de la *recuperación de los hechos* (la creación de narrativas) y el momento del *significado retrospectivo* (la creación de la historia como tal, en última instancia).³⁸ En esta investigación se estudiará cómo han sido construidas las narrativas del soldado raso que participó en la

³⁸ Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past: Power and Production of History*, 26.

guerra de Corea, en un análisis cronológico desde sus raíces, en el momento que se crean los hechos, hasta el instante que se consolidan como narrativa histórica, cuando adquieren un significado retrospectivo.

Este análisis de la producción de la narrativa permite llevar más allá los planteamientos señalados por Hayden White y retomar los intereses sobre la producción de los textos que aparecen en Chartier. Trouillot afirma que “los acontecimientos son incorporados en un relato mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y el punto de vista [...] en suma, mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en una novela o una obra”.³⁹ Esta anotación crítica permite reflexionar de manera estructurada sobre los relatos históricos que se producen fuera de la academia: museos, monumentos, la literatura, el teatro e inclusive en la misma memoria de los protagonistas. Este análisis plantea una compleja relación entre los hechos, datos o acontecimientos que se recrean y los actores, no solo que participan o viven el hecho, sino quienes lo narran. Marc Ferro señala como uno de los indicadores de la crisis de la disciplina histórica en la década de 1990, esta distancia entre la historia erudita y las otras formas de historia.⁴⁰ Sin embargo, más que un problema,

³⁹ Hayden White. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Editorial Paidós, 2003, 113.

⁴⁰ Marc Ferro. “Las fuentes de la conciencia histórica: ¿Crisis de la historia o de la disciplina?”. *Signos Históricos*, Vol. 1, N°. 2 (diciembre 1999): 141.

esta es una oportunidad para recordarle a los historiadores profesionales que la historia no es hecha solamente por ellos. De manera directa e indirecta, otros autores han explorado la historicidad de las narrativas y cómo el pasado afecta las concepciones del presente, y viceversa. Ya Paul Ricoeur había demostrado las similitudes estructurales de los relatos de ficción y la historiografía, a través de la comprensión de su historicidad, es decir, “al hecho fundamental y radical de que elaboramos la historia, de que nos encontramos en ella y de que somos seres históricos”.⁴¹

El problema de la historicidad ha sido abordado desde diferentes miradas por varios autores. David Lowenthal ha analizado la manera en que ha cambiado la concepción del pasado en la sociedad occidental, pasando de ser algo perteneciente a su presente a convertirse en un país extranjero, vendido como algo exótico y alejado del presente de quienes lo interpretan.⁴² Una postura alterna es la de Rosensweig y Thelen, quienes argumentan que la historia sí hace parte de la vida de los estadounidenses, y lo hacen a través de métodos etnográficos de estudio desde el presente.⁴³ François Hartog propuso la concepción de *regímenes de historicidad* para comprender la forma en que se articulan el pasado y el

⁴¹ Paul Ricoeur. “Para una teoría del discurso narrativo”, en *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós, 1999, 84.

⁴² David Lowenthal. *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

⁴³ Roy Rosenzweig y David Thelen. *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life*. New York: University of Columbia Press, 1998.

presente.⁴⁴ Paul Cohen ha explorado cómo ha sido interpretado el mito milenario del rey Goujian por la sociedad china del siglo xx.⁴⁵ Ingrid Galster ha tomado la infausta historia del conquistador español Lope de Aguirre para mirar cómo esta ha sido reinterpretada en los últimos cuatro siglos, desde el teatro hasta la literatura y el cine.⁴⁶ Estos son algunos ejemplos del interés académico por la producción y recepción de las narrativas históricas y nos llevan a preguntarnos cuál es el papel de la narrativa en la construcción de los soldados rasos de la guerra de Corea dentro de un marco social.

El soldado raso en la guerra de Corea

El método de análisis que se emplea en esta investigación consiste en determinar cuáles son los relatos existentes sobre el soldado raso, cómo se construyeron, qué tipo de historia están contando y cuáles son sus consecuencias. Es una exploración por las diferentes etapas de la producción del relato histórico, con el objetivo de entender el porqué de la forma en que se ha contado esta historia. Trouillot nos invita a considerar las dos caras de la historicidad: la de lo que ocurrió y la de lo que se dice que ocurrió. Así, esta disertación busca mostrar cómo fue reinventada la figura del soldado durante los últimos sesenta años.

⁴⁴ François Hartog, *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

⁴⁵ Paul Cohen, *Speaking to History: the Story of King Goujian in Twentieth-Century China*. Los Ángeles: University of California Press, 2009.

⁴⁶ Ingrid Galster, *Aguirre o la posteridad arbitraria*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario y Editorial Universidad Javeriana, 2011.

La categoría de soldado raso corresponde al grupo de combatientes que ingresan a las Fuerzas Armadas, ya sea por reclutamiento, por servicio militar o como voluntarios. Durante esa época, la mayoría de los reclutas provenían de las áreas rurales del país.⁴⁷ Para esta investigación, se siguen los rangos militares usados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y por el Ejército de los Estados Unidos, a cuyas lógicas se acogió el Ejército de Colombia. Los soldados rasos corresponden a aquellos en los tres primeros escalafones de la jerarquía militar (OR-1 hasta OR-3). De ahí hacia arriba se consideran suboficiales u oficiales, desde los cabos de carrera y sargentos (OR-4 hasta OR-9) hasta los oficiales de alto grado, como tenientes, coroneles y generales (OF-1 hasta OF-9).⁴⁸ De Corea regresaron 148 oficiales (3.6%), 786 suboficiales (19.2%), 9 civiles (0.2%) y 3159 soldados (77%).⁴⁹ Tres cuartas partes eran combatientes del rango más

⁴⁷ Saúl Rodríguez. “¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre conscripción y democracia en la Colombia contemporánea”, en César Torres del Río y Saúl Rodríguez (editores). *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*. Bogotá: Universidad Javeriana, 2008, 71.

⁴⁸ Los grados en paréntesis se refieren a la forma de clasificar usada por la ONU y los Estados Unidos, donde 1 es el rango menor y 9 el mayor. El oficial de más alto rango que fue a la guerra de Corea fue el brigadier general Jaime Polanía Puyo, primer comandante del Batallón Colombia, que corresponde al grado OF-7.

⁴⁹ Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*. Medellín: La Carreta Editores, 2006, 114. Es una cifra alta, si tenemos en cuenta que para 1957 la cifra de efectivos del Ejército alcanzó los 40000, en plena dictadura militar, lo que hace suponer que para 1951 era un porcentaje mayor aun el de tropas enviadas con respecto a la cantidad de efectivos totales. Entre los civiles que fueron, por ejemplo, están los capellanes que viajaron

bajo del Ejército, no obstante, como se demostrará más adelante, la voz que prevaleció fue la de los oficiales. ¿Por qué unas voces prevalecen por sobre otras? ¿Qué diferencia hay entre la historia como la cuentan los oficiales y la forma en que es narrada por los soldados rasos? ¿Qué implicaciones historiográficas tiene esta asimetría?

Para resolver estas y otras inquietudes los diferentes relatos se organizaron en cuatro grupos, cada uno en un capítulo diferente. El primer capítulo involucra todos las narrativas que se produjeron durante el desarrollo de la guerra: la forma en que la prensa registraba las batallas y todos los aspectos relacionados con el Batallón Colombia, en los periódicos de *El Tiempo* y *El Espectador* (liberales), *El Siglo* (conservador) y otros sectores más radicales, como el diario *Tribuna Gaitanista*, de Ibagué; discursos políticos de la época, especialmente los de los presidentes de turno: Laureano Gómez (1950-1951) y Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), y algunos otras fuentes, como canciones populares y textos producidos por los mismos militares. Estos son los relatos que se produjeron desde 1951 hasta 1956.

El segundo capítulo recoge las narrativas dominantes en las Fuerzas Armadas: los textos y memorias producidos por los oficiales y suboficiales que participaron en la guerra. El primero corresponde al relato “en caliente”, justo después

con el contingente militar. Elsa Blair y Russell Ramsey, citando un estudio de S.H. Steinberg en *The Stateman's Year Book*, de Nueva York, señalan que entre 1948 y 1953 el pie de fuerza del Ejército era de 15 000 efectivos (Elsa Blair. *Las Fuerzas Armadas: una mirada civil*. Bogotá: Cinep, 1993, 67; Russell Ramsey. *Guerrilleros y soldados*. Bogotá: Tercer Mundo, 1981, 179).

de la guerra, en 1956, producido por uno de los comandantes del Batallón Colombia, el entonces teniente coronel Alberto Ruiz Novoa. Luego se analizan los diferentes relatos a lo largo del siglo xx e inicios del siglo xxi, incluyendo los monumentos que erigió el Ejército para conmemorar la guerra. En este relato se incorporan entrevistas orales hechas a los oficiales Álvaro Valencia Tovar, Francisco Caicedo y Raúl Martínez en el año 2012.

El tercer capítulo explora los relatos que se crearon por fuera del establecimiento castrense. Allí entran los análisis sistemáticos de la guerra, producidos principalmente desde la academia durante los últimos sesenta años. Una de las razones por las cuales en esta introducción no se hizo un balance historiográfico de lo que se ha escrito sobre la guerra y la participación colombiana, es porque se considera que la narrativa académica es uno de los tantos relatos de la guerra que se estudiarán. Por ello, se examinarán a profundidad en este capítulo. No se considera como dominante sobre los demás. Adicionalmente, también se estudiarán otro tipo de narrativas históricas, como la literatura, en *Mambrú*, de R. H. Moreno-Durán, y el teatro, en la obra *Guadalupe años sin cuenta*, bajo la dirección de Santiago García.

El cuarto capítulo se sumerge en los relatos producidos por los mismos soldados rasos durante y después de la guerra. Este se divide en dos partes: la primera parte analiza sus publicaciones desde finales de la década de 1950 hasta la última producción, el libro del soldado Fabio Botero escrito para un concurso de cuento en el 2001. La segunda parte

recurre al estudio los testimonios directos de los excombatientes a través de la historia oral.

La recolección de las diferentes fuentes orales para esta investigación tuvo un origen inesperado. Como parte de la preproducción de un documental para un canal de cable internacional, comencé a buscar las historias de los veteranos, a fin de encontrar protagonistas para el proyecto audiovisual. A medida que conocía y recolectaba diferentes testimonios, se hacía más evidente una tensión histórica entre los diferentes protagonistas, puesto que cada uno vivía el pasado de una forma diferente. El documental no se llegó a producir, pero continué recopilando las historias por medio de entrevistas y visitas a las asociaciones y casas de los veteranos de diferentes rangos, para escuchar sus relatos. Se realizaron doce entrevistas a profundidad con soldados rasos y oficiales, las cuales fueron transcritas y tabuladas para entender cuáles eran los apartes claves del discurso. De igual forma, la investigación se nutrió de charlas y conversaciones informales con los diferentes miembros de las asociaciones de veteranos, que permitieron entender mejor el problema histórico sobre el cual esta investigación busca indagar.

Para comprender de manera más profunda la forma en que los individuos construyen y modifican un relato, tanto los oficiales como los soldados rasos, esta investigación siguió el camino analítico propuesto Alistair Thomson en su obra *Anzac Memories: Living with The Legend* (1994): la *composición*.⁵⁰ La *composición* es la forma en que modi-

⁵⁰ Viene de *composure*, en inglés. La traducción se liga más a la adaptación que hace Alistair Thomson de este término, que lo deriva del verbo *to compose*.

ficamos nuestras memorias para dar sentido al pasado y al presente. *Componemos* o construimos memorias usando el lenguaje público y los significados de nuestra cultura. Esto se hace para sentirnos más cómodos con nuestra vida; re-hacemos o reprimimos nuestros recuerdos de experiencias que son dolorosas o no seguras, porque ellos no concuerdan fácilmente con nuestra identidad del presente, o por las inherentes tensiones o traumas que aún no se han resuelto. Buscamos esta *composición* entre pasado, presente y futuro. Los recuerdos dolorosos o traumáticos suelen coincidir con normas públicas y versiones del pasado aceptadas, entonces estos se adaptan. Así, componemos nuestros recuerdos para adecuarlos a lo públicamente correcto, y en caso de ser excluidos del público en general, buscamos públicos particulares que afirmen nuestra identidad.⁵¹ Esto será evidente en esta investigación, puesto que las memorias de los militares se han configurado de diferente manera durante los últimos sesenta años, desde héroes hasta víctimas.

Esta investigación busca mostrar que el relato sobre el soldado raso se ha transformado según el narrador y su tiempo. El relato escogido para esta obra presenta la siguiente

La siguiente teoría aquí desarrollada es tomada de Alistair Thomson. “Anzac Memories: Putting Popular Memory Theory into Practice in Australia”, en *The Oral History Reader*. Londres: Routledge, 2006, 244-254. El autor toma estas concepciones a partir de las teorías desarrolladas por el Grupo de Memoria Popular del Centro de Estudios Contemporáneos de Birmingham, que a principios de los ochenta hizo una evaluación de los diferentes proyectos de historia oral.

⁵¹ Alistair Thomson. “Anzac Memories: Putting Popular Memory Theory into Practice in Australia”, 244-254.

estructura narrativa: *nacimiento*: cuando se comenzó a construir un relato de expectativa sobre la participación en medio de la polarización política, que culminaría con una visión negativa desde ciertos sectores por la implicación de soldados del Batallón Colombia en una masacre estudiantil. *Auge*: cuando los militares usaron la figura del soldado para construir un prototipo ideal de militar, siguiendo una visión cristiana y con unos valores tradicionales como el “heroísmo” o “sacrificio”, que a su vez significó una invisibilización de la mayoría de actores, especialmente los conflictivos. Los oficiales son los que desempeñan el papel de protagonistas de la guerra. *Caída*: fuera de la institución militar, se construyó una narrativa crítica hacia la participación y, por extensión, hacia el papel del soldado en dos dimensiones: una que silencia al soldado raso y lo acopla como un elemento más del aparato militar y otra que lo victimiza. Tienen en común que ambas ven al soldado como un sujeto sin *agencia* que, o bien es absorbido por la estructura militar, o como alguien producto de una política bipartidista, expresado mediante la metáfora de *soldado* = “carne de cañón”.⁵²

⁵² La palabra *agencia* se usa como una traducción del término anglosajón de las ciencias sociales *agency*. Este se refiere a la capacidad de los individuos de actuar independientes o de tomar decisiones libres, como contraposición al término *estructura* (cfr. Chris Baker. *Cultural Studies: Theory and Practice*. Londres: Sage, 2005, 448). Esta investigación busca aportar a este debate en el sentido en que Miguel Ángel Cabrera entiende *la nueva historia social*, que busca ir más allá de las discusiones entre objetivismo y subjetivismo: “La práctica social ha dejado de ser explicada en términos tanto de acción humana como de determinación social [...] Tanto los significados como las correspondientes formas de conciencia y de identidad no son expresiones subjetivas de la posición social sino efectos de su construcción significativa, entonces las acciones que los individuos emprenden

Finalmente, un *renacimiento*: los soldados rasos se separan de la visión idealista de los oficiales y se muestran como sujetos activos (inclusive con una voz de mando sobre algunos superiores) dentro del esquema castrense. Se ven como quienes lograron las conquistas importantes y acusan a los oficiales de autoproclamarse como los únicos vencedores de la guerra. Esta visión reivindicatoria se haría más fuerte en la medida en que comenzó una lucha política y legal por reclamar una pensión por su participación, especialmente desde la década de 1990. Estos procesos se dan en forma paralela, según el narrador.

A través de estas diferentes voces, se puede reconstruir un panorama amplio de las diferentes narrativas históricas que han relatado la historia de los soldados colombianos que participaron en la guerra de Corea a mediados del siglo xx. Esta investigación busca generar aportes en el campo de la producción histórica, así como de la historicidad y la forma en que la historia es apropiada por la sociedad. De igual manera, por los métodos empleados, busca generar conocimiento en cuanto al estudio de los subalternos, especialmente de los soldados rasos, quienes casi siempre han sido invisibilizados en la historia. Como punto final, es necesario aclarar que este trabajo no busca reivindicar el papel del soldado como una víctima de las narraciones históricas dominantes, sino que pretende analizar de manera crítica cómo se construyen

en función de ellos no están determinadas por la posición social misma, sino que dependen de la forma en que ésta ha sido discursivamente conceptualizada” (Miguel Ángel Cabrera. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra, 2001, 62).

estos relatos. Inclusive, las mismas narraciones de los soldados serán indagadas con rigurosidad para entender el porqué de los elementos que predominan en ellas, sin dejarse llevar por el simple sentimiento de reivindicación del subalterno. Esta investigación busca mostrar cómo los soldados rasos pasaron de ser *objetos* —marginales— de la historia y se convirtieron en *sujetos* de ella, con una visión protagónica, inimaginable para los esquemas jerárquicos tradicionales del Ejército Nacional.